

ESPERANZA CRISTIANA Y ESPERANZAS INTRAMUNDANAS A LA LUZ DE MARÍA

Angelo Amato, SDB

Decano de la Facultad de Teología de
la Universidad Salesiana de Roma

1. La Macarena en Sevilla

Desde hace 400 años el pueblo de Sevilla se dirige a la Macarena con la esperanza en el corazón. Generaciones de madres han confiado con emoción a la protección maternal de María el futuro de sus hijos, el trabajo de sus maridos, la felicidad de su familia, la concordia de su ciudad y la paz de la nación. Un gran número de enfermos ha implorado a María la curación del cuerpo y el consuelo del alma. Multitud de pobres han encontrado en la oración a la Virgen la fuerza para continuar viviendo y esperando. Sobre todo cuando falta cualquier otra esperanza, en el pueblo cristiano queda siempre viva la confianza en la protección de María, la madre de Jesús, la madre de la Iglesia: «Salve Reina, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve».

En la tradición oriental rusa hay un icono que representa el manto de María que cubre y protege la ciudad de Moscú de los enemigos externos. El *pokrov* o manto simboliza la valiosa protección de María sobre la ciudad. Creo que lo mismo se debería decir de la ciudad de Sevilla. La bienaventurada Virgen ha cubierto durante siglos con su manto de bendición –y continúa haciéndolo todavía hoy– todos los habitantes de la ciudad, sus grandiosos monumentos, sus calles, sus casas, su río, su trabajo, todo. Esta presencia maternal de María, invisible pero real, tutela y protege nuestras

casas mucho más eficazmente que cualquier escudo atómico. Por ello cada habitante de Sevilla, con el corazón lleno de esperanza, no deja de pasar a menudo por esta iglesia para implorar de María la ayuda, el alivio, el consuelo. Es un diálogo profundo y continuo entre corazones confiados.

2. María «esperanza suprema del mundo»

Este confiarse a María es sólo un rasgo de la rica tradición cristiana. En la himnografía mariana de los primeros siglos un himno de la Hora Tercia canta:

«Oh, Madre de Dios, tú eres la verdadera Vid que dió el fruto de la vida [...]. Esperanza, protección, refugio de los cristianos, muro infranqueable, puerto tranquilo para los náufragos eres tú, oh pura Madre de Dios».¹

En un *theotókion* (himno a María) se la llama esperanza del mundo:

«Oh, Madre de Dios, tú [...] te has mostrado como trono de querubines y has llevado en tus brazos la esperanza de nuestras almas. Oh, óptima esperanza del mundo, Virgen Madre de Dios, te pedimos tu potente protección: ten piedad del pueblo extraviado; suplica a Dios misericordioso que libre nuestras almas de todas las adversidades, oh, tú sola bendita».²

Un *megalinarion* (himno referido al *Magnificat*) alaba así a María:

«Madre de Dios, esperanza de todos los cristianos, protege, defiende y custodia a quien espera en ti».³

Entre los autores bizantinos, Teófanos Grapto (†845) llama a María «esperanza de nuestras almas»⁴ y Pablo de Amorío (finales siglo X) reza:

«Esperanza suprema de los desesperados [...] sálvame, por tu misericordia, de la desesperación [...]. Yo he puesto en ti toda mi esperanza, sálvame por tu insistente oración».⁵

«Oh Virgen, te has revelado llena de misericordia, paciente y atenta a mi voz, mientras invocaba tu divina gracia en todo lo que me sucedía. Yo he puesto en ti toda la esperanza de mi alma y confío en tu divina providencia; hazme signo de la gloria futura y de la vida divina.

¡Oh Madre de Dios, se ha encendido en mí el fuego de las pasiones: la

¹ *Testi Mariani del primo millennio*, Città Nuova Editrice, Roma 1988-1991, quattro volumi (=TM).

Qui cf. TM I p. 924.

² TM I p. 929.

³ TM I p. 947.

⁴ TM II p. 685.

⁵ TM II p. 976.

cólera, los impulsos, la embriaguez, el libertinaje, la avaricia, la dureza de corazón, la acción mortífera del mal, el abatimiento, el desaliento, la impudencia y vanagloria: libra mi alma de todo ello, te lo pido, oh Soberana, y sálvame!». ⁶

La iglesia etíope invoca a María como «esperanza de los pecadores de la tierra». ⁷

«La esperanza - dice S. Juan Crisóstomo - es como una cuerda de oro caída del cielo, que sostiene nuestras almas y poco a poco levanta hacia lo alto a los que la agarran fuertemente, separándonos de la tormenta de los males de esta vida. Pero si alguno se debilita y suelta este sagrado ancla, enseguida cae de nuevo y se ahoga, hundiéndose en el abismo del mal». ⁸

En su espléndido *Juicio Universal*, Miguel Ángel ha dado una interpretación mariana de este ancla de salvación que salva de los males del mundo. Junto a la majestuosa y solemne figura de Jesús, juez justo, hay una dulce imagen de María, con la cabeza inclinada hacia abajo, sosteniendo un ángel que con una soga eleva hacia arriba a dos fieles. Y la cuerda de salvación es una gruesa corona del santo rosario. Es una fabulosa intuición del gran artista sobre la eficacia de la mediación de María para librar a la humanidad del infierno de la perdición y abrirla a la esperanza de la salvación y del perdón.

También Dante se hace intérprete de la tradición cristiana. En la Divina Comedia, S. Bernardo invoca así a María:

«Virgen madre, hija de tu hijo,
humilde y alta más que criatura,
término fijo de eterno consejo [...].
Eres aquí para nosotros rostro meridiano
de caridad, y aquí abajo, entre los mortales,
eres de esperanza fuente vivaz». ⁹

María es llamada fuente viva de esperanza para nosotros, mortales.

[6] TM II p. 976.

[7] TM IV p. 968.

[8] JUAN CRISÓSTOMO, *A Teodoro*, 2.

[9] *Paradiso*, 33, 1-3. 10-12. Una colección sistemática de invocaciones a María bajo la advocación de la esperanza, recogida de la obra de G.G. Meersseman (cf. notas más adelante) se encuentra en TRIACCA A.M., *Maria, spes nostra, salve! Considerazioni teologico-liturgiche in margine ad un'antologia medioevale di preghiere mariane (Approccio alla «pietas fidelium» in vista della «lex orandi»)*, en «Rivista Liturgica» 81 (1994) p. 363-380. Nosotros indicaremos la fuente originaria de Meersseman.

Aquí Dante no hace más que proponer, en una variante poética, la más antigua oración mariana que conozcamos, conservada en un papiro del siglo III d.C.:

«Bajo tu misericordia nos refugiamos, Madre de Dios.
No desatiendas nuestras súplicas en la necesidad,
mas sálvanos del peligro,
tú sola pura, sola bendita».¹⁰

El recurso a María en esta antiquísima oración fue motivado por un grave peligro, probablemente una persecución, que afectaba a las comunidades cristianas de Egipto. De hecho el siglo tercero presencié una larga serie de persecuciones, a partir de Septimio Severo (193 a.C.) hasta Constancio Cloro (305 c.C.). En este difícil contexto social la *Theotókos* fue invocada como la madre misericordiosa, que protege a los fieles en las circunstancias de la vida, les infunde esperanza y los defiende de cualquier peligro: «ἐκ κινδύνου ῥύσαι ἡμᾶς (del peligro, sálvanos)».

Notemos que el significado radical del verbo griego ῥύομαι no es sólo *prestar ayuda, salvar, dar socorro*, como una acción urgente y momentánea, sino también, y sobre todo, el de *tener alejado el peligro, proteger, tutelar, custodiar, preservar*, es decir, salvar, y conservar en el estado de salvación.¹¹ Es decir, se quiere subrayar el carácter continuo de la conducta protectora de María. Hay que añadir, además, que el término ῥύομαι es usado por los LXX para indicar la acción constante y providente de Dios, que tutela y protege el pueblo de la esclavitud, de las agresiones de los enemigos y de cualquier calamidad, y custodia y preserva a cada persona, individualmente, de los perseguidores, de los malvados, de los males, de las tribulaciones, de la muerte, de los pecados. En el Nuevo Testamento el verbo es aplicado también a Jesús, el Señor que «sabe preservar de la prueba a los piadosos» (2 Pt 2, 9) y que nos defenderá de cualquier acción malvada (cf. 2 Tim 4, 18; cf. también Rom 7, 24; 11, 26; Col 1,13). Pero el uso más importante de ῥύομαι está en la oración del Padrenuestro, cuando se pide al Padre que nos libre del poder del Maligno: «ἐκ κινδύνου ῥύσαι ἡμᾶς» (cf. Mt 6, 13).

En este contexto, también la protección maternal y subordinada de María sale al encuentro de la esperanza de los fieles, de ser protegidos de los peligros terrenos. Por ello, María es el yelmo, la torre, el muro, el manto,

¹⁰ Cf. IACOANGELI R., *La più antica preghiera mariana: filologia e fede*, en: FELICIS. (a cura), *La mariologia nella catechesi dei Padri (età prenicena)*, LAS, Roma 1989, p. 212.

¹¹ IACOANGELI R., *La più antica preghiera mariana*, p. 225.

el refugio que protege y salva de todos los peligros (*a periculis cunctis*) de nuestro peregrinar terreno.

Por esta acción suya de protección eficaz en la historia, María ha sido invocada como esperanza de los pobres («O Maria mater pia, miserorum et pauperum spes»),¹² esperanza de los huérfanos («spes et mater orphanorum»),¹³ esperanza de los humildes («spes humilium»),¹⁴ de los que lloran («spes lugentium»),¹⁵ y de los afligidos («Ave spes omnium [...] rebus adversis afflictorum»),¹⁶ de los necesitados («Salve, gentis spes egentis»),¹⁷ de los desesperados («Ave [...], desperatis spes futura»),¹⁸

Incluso, en un latín muy audaz, María viene llamada «spezificata», es decir, «hecha esperanza»: «Ave, *spezificata* desde el momento que tu hijo destruye la muerte».¹⁹

Siendo Cristo nuestra esperanza (cf. 1 Tim 1, 1), María es madre de la esperanza. En otra oración medieval se habla de María como «espiga que nos trae el pan del cielo, Cristo, la esperanza»: «Spem et caeli panem spica novella ferens».²⁰ En efecto, con María renace la esperanza: «spes refloret homini».²¹ (II, 253).

3. María en Caná

¿Por qué el pueblo sevillano, como todo el pueblo cristiano, recurre con tanta confianza a María? ¿Por qué los sevillanos vienen a la iglesia de la Macarena a rezar a la Bienaventurada Virgen?

La respuesta es evangélica. El pueblo recuerda y revive un episodio fundamental en la Sagrada Escritura. Dice el Evangelio de S. Juan: «Tres

¹² Cf. MEERSSEMAN G.G. (ed.), *Der Hymnos Akathistos im Abendland I. Akathistos-Akoluthie und Gruss hymnen. II. Gruss-Psalter, Gruss-Orationen, Gaude-Andachten und Litaneien*, Freiburg S. 1958-1969. Aquí vol. II p. 186.

¹³ Ib. vol. II p. 232.

¹⁴ Ib. vol. II p. 109. 252. En las letanias ritmadas de Mainz está la invocación: «Spes humilium refugium pauperum, portus naufragantium, medicina infirmorum» (vol. II p. 252).

¹⁵ Ib. vol. II p. 144.

¹⁶ Ib. vol. II p. 261.

¹⁷ Ib. vol. I, p. 195.

¹⁸ Ib. vol. I, p. 184.

¹⁹ Ib. vol. II, p. 147.

²⁰ Ib. vol. I, p. 140.

²¹ Ib. vol. II, p. 253.

días después, había unos desposorios en Caná de Galilea y allí se encontraba la madre de Jesús. Fue invitado a la boda también Jesús con sus discípulos» (Jn 2, 1-1).

«Y allí se encontraba la madre de Jesús». El texto griego dice literalmente: «καὶ ἦν ἡ μήτηρ τοῦ Ἰησοῦ ἐκεῖ» («y estaba la madre de Jesús allí»). La madre de Jesús se encontraba allí: María se encuentra allí donde sus hijos se alegran, donde sus hijos tienen necesidad de su tutela maternal. En Caná, en Sevilla, en todas partes.

Contemplemos esta escena de bodas. Es una fiesta que proyecta dos jóvenes hacia un futuro de esperanza, que ellos sueñan lleno de fecundidad, de felicidad, de comunión en el amor. Están los esposos, los parientes, los amigos, todo el pueblo de Caná de Galilea. Están también Jesús y María. Mientras todos se divierten y comen, María, la madre, observa con atención que todo salga bien. Considera a aquellos dos jóvenes como sus hijos. La presencia de María es particular. Dice San Alfonso en su libro *Las glorias de María*: María es «toda ojos para ayudarnos a nosotros, miserables, sobre esta tierra». ²² Y continúa: «Los ojos de María son ojos de madre, y la madre no sólo mira a su hijo para que no caiga, también para que una vez caído lo levante». ²³

En Caná, María se transforma en la verdadera madre de aquellos jóvenes. Se da cuenta antes que todos los demás de que falta el vino y enseguida lo resuelve. Sin vino la fiesta habría perdido su atmósfera de alegría, de abundancia y de buen augurio. María, con discreción y eficacia, interviene ante Jesús, que realiza su primer milagro. Jesús, no sólo cambia el agua en vino, sino que, empujado por la oración de la madre, transforma la desesperación en esperanza, la humillación en gloria, la carencia en abundancia. María ha dado de nuevo la esperanza y la alegría a la fiesta de la vida.

4. Un mundo privado de esperanza

Este gesto de esperanza de María es más oportuno que nunca en un mundo que se presenta desconfiado y desesperado. La humanidad parece inmersa en la angustia y en el miedo de su propia supervivencia a causa de las guerras injustas, de las divisiones entre los pueblos, del uso de las armas cada vez más potentes, de la pobreza casi irreversible de continentes

²² ALFONSO M. DE LIGORIO, *Las glorias de María*, p. 1 cap. VII.

²³ ALFONSO M. DE LIGORIO, *Las glorias de María*, p. 1 cap. VII.

enteros, de una disminuida atención a la solidaridad con los necesitados y los débiles, del paro creciente, de la masificación cultural, de los desequilibrios ecológicos, causados por intervenciones, a menudo incautas y violentas, sobre la naturaleza, de las enfermedades contagiosas que se difunden en un modo perverso, del uso cada vez más difundido de la droga entre los jóvenes. Se multiplican en el mundo científico internacional las revistas de «suicidiología», la ciencia que estudia el suicidio, supremo acto de soledad y de desconfianza en la vida. El horizonte de la llamada «postmodernidad» parece transformar la existencia del hombre en un infierno dantesco: «Abandonad toda esperanza, vosotros, los que entráis».²⁴

Los sociólogos subdividen los signos de no esperanza en signos de tipo cultural y signos de tipo estructural.²⁵ Al *tipo cultural* pertenecen las consecuencias de la complejidad social, como la crisis del «nosotros» y la pérdida de la solidaridad, el pluralismo extremo, el consumismo exasperado, la crisis de confianza en el futuro y en la acogida de la vida –vista como amenaza más que como enriquecimiento de la propia existencia–, la cultura del placer, el esoterismo, la crisis del lenguaje.

Al *tipo estructural* pertenecen el envejecimiento demográfico de la población europea, la pobreza económica, la desocupación, sobre todo juvenil, la crisis de la familia mononuclear.

5. La llamada a la esperanza

Quizá sea oportuno reclamar aquí algunos análisis científicos aptos a dar de nuevo confianza a la humanidad. Filósofos, como Ernst Bloch con su *Das Prinzip Hoffnung* (3 volúmenes, 1954-59) y teólogos, como Jürgen Moltmann con su *Theologie der Hoffnung* (1964) han concentrado en el tema de la esperanza la clave de lectura del significado de la vida de la humanidad. No es la desesperación o el miedo sino la esperanza, la estructura ontológica que hace progresar la historia hacia lo nuevo y que condiciona la posibilidad de cada decisión y acción libre del hombre.

También la teología política de J.B. Metz subraya que el objeto de la esperanza cristiana no es sólo Dios y nuestra comunión con El, sino la venida del reino de Dios a la tierra, mediante la armonía con la creación y la transformación de las relaciones humanas y de las estructuras injustas de la

²⁴ *Infierno*, III 9.

²⁵ Cf. POLLO M., *Segni di speranza e segni di non speranza oggi. Lettura sapienziale della realtà odierna, en I sentieri della speranza nella spiritualità salesiana*, SDB, Roma 1994, p. 81-131.

sociedad en todos sus niveles. La teología de la liberación latinoamericana ha intentado llevar a un plano más concretamente socio-político el principio de la esperanza cristiana, en oposición a la injusticia y a la pobreza de enteros continentes.

Si para Bloch el principio esperanza quedaba como un principio oculto, para los cristianos el principio esperanza es la persona de Jesús y su mensaje. Es Jesucristo quien da significado último a la esperanza humana en sus situaciones límites: la muerte y la historia. Frente a la muerte, el cristiano sabe que no camina hacia la nada sino hacia una existencia llena de felicidad en Dios. Frente a la historia, el cristiano está educado a leer en el caos, a menudo apocalíptico de los acontecimientos históricos, una trama divina hecha de justicia y de salvación.²⁶

6. «Cruzando el umbral de la esperanza» con María

El Santo Padre Juan Pablo II se ha transformado en el gran profeta de la esperanza cristiana del mundo contemporáneo. Sus viajes apostólicos en las cien naciones de la tierra son anuncios de esperanza no sólo de una vida eterna, sino también de una existencia liberada y auténticamente humana. Son llamadas a la paz, a la justicia, a la defensa de los pequeños, de los marginados, de los pobres, de los excluidos.

Precisamente hace un año, el Papa publicaba su libro-entrevista dedicado a la esperanza: *Cruzando el umbral de la esperanza*.²⁷ Es un himno a la esperanza y al no tener miedo. Es una exhortación a vencer el miedo en la actual situación mundial, sea en Oriente que en Occidente, tanto al Norte como al Sur. Dice el Papa: «¡No tengáis miedo de lo que vosotros mismos habéis creado, no tengáis miedo ni siquiera de todo lo que el hombre ha producido y que, cada día más, se está haciendo un peligro para él! ¡No tengáis miedo de vosotros mismos!». ²⁸

¿Por qué no tenemos que tener miedo? Porque el hombre ha sido redimido por Cristo y la gracia de la redención es el plusvalor que invade la historia de la humanidad: «El poder de la Cruz de Cristo y de su Resurrección es más grande que cualquier mal del que el hombre podría y debería tener miedo». ²⁹

²⁶ Cf. GALOT J., *Il mistero della speranza*, Cittadella, Assisi 1971; *Speranza e storia*, Ave, Roma 1971.

²⁷ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*. Se cita ed. italiana. Mondadori, Milano, 1994.

²⁸ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 241.

²⁹ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 241-242.

Para el Papa María es la madre que tiene la función carismática de llevar al pueblo cristiano a Jesucristo, esperanza de la humanidad. Él recuerda la liberación de su patria por obra de María:

«Jasna Gora ha entrado en la historia de mi patria en el siglo XVII, como una especie de «¡No tengáis miedo!» pronunciado por Cristo en boca de Su Madre. Cuando el 22 de octubre de 1978 asumí la herencia romana del Ministerio de Pedro, sin duda que tenía profundamente impresa en la memoria, en primer lugar, esta experiencia mariana en mi tierra polaca.

«¡No tengáis miedo!» decía Cristo a los apóstoles (cf. Lc 24, 36) y a las mujeres (Mt 28, 10) después de la Resurrección. De los textos evangélicos no resulta que la destinataria de la recomendación haya sido la Virgen. Fuerte en su fe, Ella «no tuvo miedo». El modo con que María participa en la victoria de Cristo yo lo he conocido primeramente a partir de la experiencia de mi nación. De boca del cardenal Stefan Wyszyński yo sabía también que su predecesor, el cardenal August Hlond, cuando moría, había pronunciado estas significativas palabras: «La victoria, si viene, vendrá por medio de María» [...]. Mientras iba conociendo los problemas de la Iglesia universal, con la elección a Papa, tenía conmigo una convicción semejante, es decir, que también, a esta escala universal, la victoria, si viene, será traída por María. Cristo vencerá por medio de Ella, porque El quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo futuro estén unidas a Ella».³⁰

Hoy, los pueblos tienen necesidad de esperanza y de no tener miedo. Existe Uno que tiene en su mano la suerte de este mundo que pasa, Uno que es el Alfa y el Omega de la historia del hombre, sea individual que colectiva. Y este Uno es Amor (cf. 2 Jn 4, 8 y 16): «Amor hecho hombre, Amor crucificado y resucitado, Amor incesantemente presente entre los hombres. Es amor eucarístico. Es fuente incesante de comunión. Sólo Él es el que da plena garantía a las palabras «No tengáis miedo»».³¹

Y algunos meses después, en la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (10 noviembre 1994 = TMA), el Papa invitaba a los fieles a descubrir de nuevo los signos de esperanza presentes también en el mundo de hoy:

«Es necesario, por otra parte, que sean valorados y profundizados los signos de esperanza presentes en este último giro del siglo, a pesar de las sombras que a menudo los esconden a nuestros ojos: en el campo civil, los progresos realizados por la ciencia, la técnica, y sobre todo por la

³⁰ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 242-243.

³¹ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, p. 243-244.

medicina al servicio de la vida humana, un sentido mucho más vivo de responsabilidad respecto al ambiente, los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia allí donde son violadas, la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en las complejas relaciones entre el Norte y el Sur del mundo...; en el campo eclesial, la escucha más atenta de la voz del Espíritu, mediante la acogida de los carismas y la promoción del laicado, una dedicación más intensa de cada uno de los cristianos a la causa de la unidad, el espacio concedido al diálogo con las religiones y con la cultura contemporánea» (TMA n. 46).

Y una vez más el Papa ve en María «una mujer de esperanza, que supo acoger como Abrahán la voluntad de Dios «esperando contra toda esperanza» (Rom 4, 18). Ella ha llevado a su máxima expresión el anhelo de los pobres de Yahvé, brillando como modelo para todos los que se confían con todo el corazón a las promesas de Dios» (TMA n. 48).

7. María, signo de esperanza cierta

Si la inculturación es el anuncio y la asimilación del Evangelio en una determinada cultura, un aspecto importante de la inculturación en la actualidad será la re-evangelización de la esperanza. Se trata de llevar a cabo una nueva evangelización bajo el signo de María, madre de la esperanza. El Concilio Vaticano segundo afirma en efecto: «La Madre de Jesús [...] precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta – *signum certae spei*– y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cfr 1 Pe 3,10)» (LG n. 68).

Podemos reconocer un comentario del texto conciliar en la carta pastoral del cardenal Anastasio Ballestrero, hace algunos años, a sus fieles de Turín:

«La imitación de María consiste en primer lugar y sobre todo en una participación en su fe, como también en su esperanza: aquella esperanza inquebrantable, perseverante, paciente, callada, capaz de alimentar largas esperas, días desolados, trágicos sucesos tales como la cruz de su Hijo. La esperanza de María es imagen, llena de fuerza, también para nuestra esperanza en cuanto creaturas en este mundo. Contemplar a esta madre de la beata esperanza será para nosotros una pista para hacer que nuestros caminos sean menos ásperos, menos obstaculizados, menos desasosegados. Ahí está la luz de su corazón de Madre y ahí está la firmeza de su esperanza de creyente que puede y ha de ser viático de nuestra vida».³²

³² La Chiesa torinese in cammino con Maria. Lettera pastorale per l'anno mariano, LDC, Leumann 1987, p. 11.

8. La inculturación mariana de la esperanza

Bonifacio Fernández afirma en un trabajo excelente sobre María y la esperanza: «La esperanza da apertura al corazón del hombre, le da confianza en el futuro y aliento en el presente triste, le da capacidad de protesta y de rebelión. Gracias a la esperanza se puede mantener la actitud de lucha y de resistencia contra la negatividad de la existencia personal y colectiva. Gracias a la esperanza la vida humana se hace vivible y amable. En la espera de un mundo mejor se llega a ser capaces de solidaridad, de felicidad y de dolor».³³

La inculturación de la esperanza en el mundo no se lleva a cabo hablando de la esperanza, sino ofreciendo gestos concretos de esperanza: «La esperanza es como el amor. Vive y crece en lo profundo de cada existencia, pero en seguida se expande hacia el exterior. Nosotros no proclamamos nuestra esperanza con palabras sagaces. La proclamamos cuando creamos, con coraje y radicalidad, gestos concretos de esperanza. Cualesquiera que sean tales gestos ... no los puedo decir «de palabra»».³⁴

Pongamos algunos ejemplos. Vivir con esperanza quiere decir vivir en una nueva relación con las cosas: tener las cosas no significa poseerlas de forma egoísta, sino compartirlas. El compartir no equivale a perder las cosas, sino establecer un estilo de posesión más fuerte y más amplio. Vivir en la esperanza quiere decir actuar con responsabilidad, justicia y atención a los demás. Aún más quiere decir: vivir en la caridad, en el don de cuanto se posee.

Vivir en la esperanza da pie también a un nuevo estilo de relación con las personas. Se pasa del egoísmo a la comunicación, al reconocimiento, al don, al perdón, a la aceptación. Se crea de este modo una cultura de la comunión y de la apertura.

Entremos brevemente en el tema de la inculturación de la esperanza a la luz de María considerando dos líneas: la línea de la vida y la línea de la misericordia. Hoy más que nunca el mundo tiene necesidad de palabras de vida y de misericordia para volver a encender la esperanza en el corazón.

9. La esperanza como acogida de la vida

Vivir en la esperanza es acoger, defender, proteger y ofrecer la vida.

³³ Fernández B., *María de la esperanza*, en «Ephemerides Mariologicae» 35 (1985) p. 162.

³⁴ Tonelli R., *Diventare uomini e donne di speranza nello stile della spiritualità salesiana*, en: *I sentieri della speranza nella spiritualità salesiana*, SDB, Roma 1994, p. 119.

La experiencia de María ha sido ejemplar en esta dimensión. En un mundo que parece despreciar, rechazar, humillar y matar la vida, María recibe y protege la vida, dándonos a todos un gran ejemplo de esperanza en la providencia divina.

El Concilio Vaticano segundo afirmaba solemnemente:

«El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida. Lo cual se cumple de modo eminentísimo en la Madre de Jesús por haber dado al mundo la Vida misma que renueva todas las cosas» (LG 56).

El Papa vuelve a proponer María como maestra de esperanza y de tutela de la vida en su reciente encíclica *Evangelium Vitae* (1995).³⁵ María es la madre que en nombre de todos y para el beneficio de todos acoge a Jesús, vida de la humanidad: «María [...] tiene vínculos muy fuertes con el Evangelio de la Vida» (EVi n. 102). Al generar la vida del Verbo encarnado, María ha regenerado la esperanza de la humanidad, de modo que ha sido salvada de la condena de la muerte definitiva y eterna.

Desde un punto de vista cultural, María es además «incomparable modelo de acogida y cuidado de la vida» (EVi n. 102), pues anuncia a la ciudad de los hombres el evangelio de la esperanza y de la vida.

Si superamos ciertas imágenes estáticas y devocionalísticas, la Virgen aparece no como una mujer inmóvil y lejana de nuestras preocupaciones, sino como una madre activa y solícita, que ha defendido y protegido la vida con conciencia y sacrificio. La «espada», profetizada por Simeón (cf. Lc 2,34-35), y la «cruz» sobre el calvario son los dos polos simbólicos de la oposición del mundo a la acogida de Jesús.

«Struggle for life» no es sólo una ley válida para el reino animal, también es aplicable al ámbito espiritual. María y la Iglesia han de luchar en la historia para defender la vida de Jesús y de los fieles. La vida física y espiritual de la humanidad se halla constantemente amenazada por la insidias del mal. Siempre presente en el mundo está el símbolo apocalíptico del «dragón rojo» (cf. Ap 12,3), Satanás, que acechaba con la intención de «devorar al niño cuando naciera» (cf. Ap 12,4).

Esta fue la experiencia de María, la madre que se aleja de Nazaret no sólo para ayudar y cuidar la vida incipiente de Juan el Bautista junto a su pariente Isabel, no sólo para dar a luz Jesús, la vida del mundo, en Belén; también para defender a su Hijo de las insidias de los enemigos, refugian-

³⁵ En referencia a la encíclica de Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, del 25 de marzo 1995, usaremos la sigla EVi.

dose con José en Egipto (cf. Mt 2,13-15).

«Mujer, ése es tu Hijo» (Jn 19,26). Muriendo, Jesús confía a María la vida de sus discípulos, la Iglesia, la humanidad entera. María ensancha de esta manera su vocación de madre, al convertirse non sólo en madre de Jesús, sino también en madre de la Iglesia y de la humanidad entera redimida y revitalizada por Jesús.

Cuando se mata a Cristo, se mata la vida. Y cuando se rechaza la vida, se rechaza a Cristo: «El rechazo de la vida del hombre, en cualquier forma, es realmente un rechazo de Cristo» (EVi i n. 104). La acogida de Jesús es la acogida de la vida.

Jesucristo, Señor de la historia, «el primogénito de los muertos y príncipe de los reyes de la tierra», «aquel que nos ama y nos ha liberado de nuestros pecados» (Ap 1,5), «el Alfa y la Omega» (Ap 1,8), «el Primero y el último» (Ap 1,17), «el Soberano de todo» (Ap 1,5) es en efecto «el Viviente» (Ap 1,18), es aquél que estuvo muerto y que ahora está vivo por siempre y tiene las llaves de la muerte y del abismo (Ap 1,18).

La vida de Jesús es una victoria sobre la muerte para todos aquellos que han tenido fe y esperanza en medio de las tribulaciones de la historia:

«No pasarán más hambre ni más sed,
ni el sol ni el bochorno pesarán sobre ellos,
pues el Cordero que está ante el trono será su pastor
y los conducirá a fuentes de agua viva;
y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 7,16-17).

María es la primera que ha llevado la vestidura blanca de los testigos de la vida (cf Ap 7,9-13). Ella, además de ser nuestra madre en la fe, es aquella que ha experimentado en las tribulaciones de su existencia la virtud de la esperanza en Dios y en su amor salvador hacia las creaturas: «Tranquilízate, María [...] para Dios no hay nada imposible» (Lc 1,30.37). La vida de la Virgen estuvo marcada por la esperanza de la cercanía misericordiosa del Padre, que la acompañaba con su providencial benevolencia:

«María es una viva palabra de confortación para la Iglesia en su lucha contra la muerte. Mostrándonos a su Hijo, ella nos asegura que en Él los dominios de la muerte han sido ya derrotados: «Muerte y vida se han encontrado en un prodigioso combate. El Señor de la vida había muerto, pero ahora vive triunfante»» (EVi n. 105).

María es la guía segura de este pueblo que camina hacia la verdadera vida, «pueblo de la vida y para la vida», que se dirige confiado hacia «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1). Añade el Papa: «Dirijamos

nuestra mirada hacia Aquella que es para nosotros «signo de esperanza cierta y de consuelo»» (EVi n. 105).

10. La praxis de la esperanza: el ejercicio concreto y operante de la esperanza

La enseñanza de María con su propia vida lleva consigo necesariamente unos efectos prácticos y culturales. La acogida de la vida en la esperanza se traduce en una pasión por la vida, sin distinciones y sin preferencias ni exclusiones de ningún tipo.

Se puede impulsar de este modo una praxis y una cultura de la vida, tejida de virtudes marianas y maternas, tales como la ternura, el amor y el cuidado de la vida débil, la acogida cordial de los otros (desconocidos, extranjeros, ancianos) y de los extraños (drogados, disminuídos físicos y mentales, discriminados por raza, religión, sexo, condición social, enfermedad).

En medio de un escenario de desolación y soledad «apocalípticas», tal como aparece a menudo en nuestra existencia postmoderna, nace la urgencia de una cultura de la acogida de la vida en cada forma y de una actitud de compasión hacia los necesitados, para contrarrestar una cultura cada vez más dura, despiadada, fría, violenta, promotora de guerra, tensión, odio, división y muerte.

Esta nueva cultura mariana de la vida puede hacer comprender que la vida no es un objeto que se pueda poseer egoísticamente, sino un don para ser recibido con reconocimiento; no es un juego arbitrario, sino un proyecto de amor; no es un incidente sin significado, sino una vocación que ha de ser realizada; no es un problema difícil de resolver, sino un misterio para ser contemplado con humildad y estupor.³⁶

Ninguna vida puede ser discriminada:

«Cada vida es preciosa:
la vida donada de quien vive según el Evangelio
la vida desperdiciada de quien vive en la banalidad,
la vida quemada del drogadicto,
la vida elaborada de los ídolos del deporte y del espectáculo,
la vida ofrecida de los disminuídos,

³⁶ Cf. COLOMBO G., *Accogliere la vita*, en TONIOLO E., *La vita e Maria madre della vita*, Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1994, p. 89-102.

la vida amargada de quien no encuentra un sentido para vivir,
la vida apagada de quien se mueve sin esperanza,
la vida incipiente del que nace,
la vida descartada del que no ve la luz,
la vida cansada que se aproxima al atardecer,
la vida herida del que sufre en la enfermedad,
la vida quebrada de las víctimas del trabajo,
la vida comprometida de quien se dedica al bien de los demás,
la vida ofendida de quien se halla oprimido y manipulado,
la vida vacía de quien trasnocha en la discoteca,
la vida insultada de quien no tiene trabajo ni casa,
la vida aplastada de quien muere de hambre y sed,
la vida árida de quien vive sin amor».³⁷

Educados por María, los cristianos reciben a Jesús y su vida divina y respetan y cuidan con pasión auténticamente humana la vida de los otros, cada vida, incluso la de Caín.

11. La esperanza como inculturación de la misericordia

La inculturación de la esperanza en el mundo se realiza también por medio del anuncio de la misericordia de Dios y la consiguiente praxis de misericordia por parte de la Iglesia y de los cristianos.

Dice Santo Tomás de Aquino: «Misereri ponitur proprium Deo».³⁸ Es una característica de Dios tener misericordia. Además de Creador y Providente, el nombre de Dios es Bondad y Misericordia:

«El Señor es clemente y compasivo, paciente y misericordioso:
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas» (Sal 145,8-9)

La bondad del Señor se manifiesta en acciones concretas de perdón, de curaciones, de ayuda. Proclama el salmista:

«Él [el Señor] perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te rodea con su misericordia y su cariño» (Sal 103,3)

³⁷ COLOMBO G., *Accogliere la vita*, p. 91.

³⁸ STh II,II q. 30, a. 4c.

«El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan» (Sal 145,14)
«El Señor hace justicia a los oprimidos,
da pan a los hambrientos,
El Señor liberta a los cautivos,
el Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan
el Señor ama a los honrados,
el Señor guarda a los emigrantes,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados» (Sal 146,7-9)
«El Señor sana los corazones destrozados,
venda sus heridas [...]»
El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados» (Sal 147,3.6)
«El Señor está cerca de los atribulados
y salva a los abatidos» (Sal 34,19)

Para el profeta Isaías, Dios es más indulgente y comprensivo que una madre humana:

«¿Puede olvidarse una madre de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?
Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré» (Is 49,15)

Dios tiene una auténtica delicadeza materna hacia los hijos que sufren y los consuela: «como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (Is 66,13).

También los hijos de Dios son llamados a la misericordia. Jesús, encarnación y revelación de la misericordia del Padre, dice: « Sed misericordiosos, como es misericordioso vuestro Padre del cielo» (Lc 6,36); «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13; 12,7).

Sobre este punto el cristianismo ha realizado en los primeros siglos –y realiza en el presente– una intensa obra de inculturación de la fe, purificando las corrientes del antiguo pensamiento filosófico grecorromano de aquellas ideas claramente anticristianas. Platón, Aristóteles, y sobre todo los estoicos tendían a juzgar la misericordia, la piedad y la compasión (λεός, οίκτιρμή, σπλ γχνά), como sentimentalismos inútiles.³⁹ La misericordia

³⁹ Platón, *Leyes*, 11,926e 4; 936,b 4; *República*, 10,606b 7. Es necesario advertir sin embargo que Homero y los grandes poetas consideraban la misericordia un sentimiento noble y una virtud de quien tenía un ánimo grande y compasivo; aquél que no tenía misericordia era pues considerado un bárbaro.

para Aristóteles no era una virtud, sino una debilidad propia de los viejos y de los niños;⁴⁰ para los estoicos, una enfermedad del alma.⁴¹ Los Padres se opusieron a tal visión, aceptando algunos trazos ofrecidos, por ejemplo, por Cicerón, quien rechazaba como absurda la idea estoica de la misericordia, al retenerla por el contrario índice de sabiduría, de moralidad y de bondad: «viri boni esse misereri».⁴²

12. María madre de la esperanza

En este compromiso de inculturación de la misericordia, María ha tenido un papel fundamental. Ella es la madre que exalta la misericordia de Dios que «llega a sus fieles generación tras generación» (Lc 1,50.54).

En una *Vida de María* de Máximo el Confesor (+ 662), recientemente publicada (1986), a propósito de los últimos años de vida de la Virgen se dice: «Su misericordia no era sólo hacia los parientes y conocidos, sino también hacia los extraños y los enemigos, porque era verdaderamente la Madre de la misericordia, la Madre del Misericordioso [...], la madre de aquel que por nosotros se encarnó y fue crucificado, para verter sobre nosotros, enemigos y rebeldes, su misericordia».⁴³

María, la creatura revestida de misericordia divina, ha incentivado en la Iglesia una cultura de gestos concretos de misericordia, que muestran al corazón de cada necesitado un horizonte de esperanza y de confianza en la vida. Por esto en la oración de la *Salve* invocamos a María como *Madre de misericordia* («Mater misericordiae»). En el comentario de esta oración San Alfonso pone en labios de la Virgen la siguiente afirmación: «Yo soy llamada por todos la madre de la misericordia y realmente la misericordia de Dios hacia los hombres me ha hecho tan misericordiosa hacia ellos».⁴⁴ Añade todavía San Alfonso: «Escribió San Bernardo que María se ha hecho todo para todos y a todos muestra sus entrañas de misericordia, para que todos la obtengan, el esclavo con el rescate, el enfermo con la salud, el afligido con el consuelo, el pecador con el perdón, Dios con la gloria; pues no hay ninguno que no participe de su calor, siendo ella el sol».⁴⁵

⁴⁰ Aristóteles, *Retórica*, 2,8-9; *Ética a Nicómaco*, 2,4.

⁴¹ Séneca, *De clementia*, II,3,4; 4,4.

⁴² Cicerón, *Pro Murena*, 29,61; cf. también *Pro Sulla*, 3,8; 26,72; *Pro Ligario*, 12,37.

⁴³ TM II p. 264.

⁴⁴ ALFONSO M. DE LIGORIO, *Las glorias de María*, p.I cap I.

⁴⁵ ALFONSO M. DE LIGORIO, *Las glorias de María*, p. I cap. VII.

En la Iglesia de Etopía, conocida por su intensa devoción mariana, hay una antiquísima tradición muy extendida sobre la existencia de un *Pacto de Misericordia* (*Kidana Meherat*) entre Jesús y su Madre en favor de todos los necesitados. Este pacto se ha convertido también en uno de los nombres de la Virgen y se le considera como el novísimo «Tercer Testamento» de la economía divina. La fiesta del *Kidana Meherat* se celebra el 16 de Yakatit (que corresponde a nuestro 10 de febrero) y se conmemora el 16 de cada mes.⁴⁶

El relato, que nos ha llegado en varias redacciones, cuenta que María tuvo un día, mientras rezaba en el Gólgota, una visión de Jesús, que le preguntó si tenía algún deseo que él pudiese atender:

«¿Qué puedo hacer por tí, Madre mía? ¿Qué deseo quieres que secunde?»
Y Nuestra Señora respondió [...]:
«Hijo mío querido y mi Salvador, mi esperanza y mi gozo [...], escucha mi oración y mi súplica [...].
A quienes celebren mi memoria;
a quienes levanten iglesias en mi honor;
a quienes vistan a los desnudos en mi nombre;
a quienes visiten a los enfermos y den de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos;
a quienes animen a los que sufren y den alegría a los que lloran;
a quienes escriban en mi alabanza;
a quienes den mi nombre a un hijo o a una hija suya;
a quienes canten himnos a mi nombre en todas mis fiestas:
Tú, Señor, concédeles la maravillosa alegría que ni ojo vió ni oído oyó ni pudo imaginar ninguna mente humana!
Te ruego y te suplico, Señor, por todos los que creen en mí: sálvalos, Señor, acordándote del hambre, la sed y todos los sufrimientos que tuve por tí y junto a tí».
Nuestro Señor Jesucristo le respondió:
«Sí; como tú has dicho, realizaré todos tus deseos. ¿No me he hecho hombre para eso? Te juro por mi vida que este Pacto nunca se romperá».⁴⁷

Las esperanzas, aun humanas, de todos los fieles encuentran eco, acogida y escucha en Jesús, a través de María, la madre misericordiosa.

⁴⁶ Cf. HAILU G.P., *Pactum Misericordiae secundum literaturam aethiopicam*, en «Marianum» 15 (1953) p. 46-55; ABIY ADD'IM. de, *Il culto mariano nella Chiesa Etiopica*, en «Marianum» 19 (1957) p. 254-265.

⁴⁷ TM IV p. 895-896. Otras redacciones del Pacto y Homilias sobre el mismo en TM IV. p 892-894; 958-965.

13. La esperanza como praxis de misericordia

Si la identidad de cada hombre es la de ser imagen parecidísima de Dios (cf. Gén 1,26-27), misericordia infinita, María es la criatura que más y mejor refleja en su ser la misericordia de Dios. Dios, en efecto, ha ejercitado en ella su «misericordia preventoria».⁴⁸ La Inmaculada devuelve a la humanidad su semejanza con Dios: María es la mujer nueva, la nueva Eva, la nueva humanidad. Si Dios es misericordia y compasión, María participa de un modo extraordinario de esa misericordia y compasión, reflejándolas, no como un espejo inerte, sino como persona que es, que vive en la misericordia y realiza obras de misericordia.

María, además, es la madre de Jesús, misericordia encarnada de Dios. Como decía Eadmero (+ 1141): «Ipse (Christus) enim misericordia nostra est, et tu (Maria) eiusdem misericordiae mater es».⁴⁹ Como madre, María participa de la misericordia de su Hijo, el santo, Hijo del Dios altísimo y misericordioso. En esta relación hay también un influjo educativo recíproco. Mientras María educa a su Hijo con su corazón misericordioso de madre, Jesús, por su parte, enseña a su madre a comprender los horizontes infinitos de la misericordia del Padre, que incluye su sacrificio en el Calvario. Al conservar y meditar estas cosas en su corazón (cf. Lc 2,19; 2,51), María es «quien de modo especial y excepcional [...], experimentó la misericordia y, al mismo tiempo, siempre de modo excepcional, hizo posible, con el sacrificio de su corazón, su participación en la revelación de la misericordia divina» (DM n.9).

Y al ser cooperadora de su Hijo en la obra de la salvación, se convierte en profetisa y heraldo de la misericordia de Dios, con las palabras, con la intercesión, con el ejemplo y con las obras. Modelada por la misericordia, actúa con obras de misericordia: «María, proclamada como madre de la misericordia, es la criatura que de un modo especial experimenta, anuncia, merece y aproxima el amor misericordioso de Dios a los hombres, por su misión de Madre del Mesías, de Madre del Crucificado Resucitado; y sigue revelando y acercando este amor a los hombres, en la Iglesia histórica, por su misión de Madre espiritual de los hombres».⁵⁰

Como madre de la Iglesia, María se convierte en su rostro materno y

⁴⁸ Cf. PHILIPPE M.D., *Mystère de miséricorde*, 1. *L'Immaculée Conception*, Ed. Saint-Paul, Paris 1958, p. 124.

⁴⁹ *De conceptione*, 32; PL 159, 314 D.

⁵⁰ MEOS., *Maria "Mater Misericordiae"*, en SARAIVA MARTINS J., *Dives in Misericordia*, p. 460-461.

compasivo.⁵¹ La Iglesia, sacramento de Cristo misericordia del Padre, por medio de los sacramentos y el testimonio de su caridad, celebra en la historia la maravillosa liturgia de la misericordia.⁵² Sostenida por la intercesión de María, escribe en el tiempo y en el espacio la historia de la misericordia divina ante la miseria humana, convirtiéndose en una iglesia samaritana que vive y practica la misericordia. Cuanto más sufre la historia humana tragedias inmensas como las de Auschwitz e Hiroshima, más invoca el don del perdón y de la compasión de Dios a través de la mediación materna de María y de la Iglesia.⁵³

14. La civilización de la misericordia

Por eso la Iglesia, inspirándose en María, ha construido en la historia una verdadera civilización de la misericordia y de la ternura materna en todos los campos de lo social: «La maternidad espiritual de María trasciende el espacio y el tiempo y pertenece a la historia universal de la Iglesia, porque ha estado siempre presente con su asistencia maternal».⁵⁴

Como la misericordia es la caridad puesta en práctica, todos los fieles cristianos se han inspirado en María: grandes y pequeños fundadores y fundadoras de órdenes y congregaciones religiosas; promotores de hospitales y de obras asistenciales en favor de los pobres, de los marginados, de los extranjeros; misioneros y misioneras de la caridad; movimientos de laicos y laicas comprometidos en la atención a los niños y a los ancianos, en

⁵¹ Es lo que sugiere la Colecta de la Misa votiva de María Madre de la Iglesia, que comienza con una invocación a «Dios, Padre de las misericordias» («Deus, misericordiarum Pater»). Cf. *Missale Romanum*, TPV, Città del Vaticano 1975, p. 849.

⁵² Cf. ERBA A.M., *La via della Chiesa è la misericordia*, en SARAIVA MARTINS J., *Dives in misericordia*, p. 109-125; CHIOCCETTA P., *La Chiesa cerca di attuare la misericordia*, en SARAIVA MARTINS J., *Dives in misericordia*, p. 131-132.

⁵³ De ese modo, la historia no es sólo el cementerio de la civilización o el escenario apocalíptico de la muerte y de la destrucción, sino el lugar en el que la misericordia de Dios habita en la ciudad del hombre, iluminándola con su luz y su caridad. Decía Henry Marrou: «El mal y el sufrimiento se hacen ya insoportables. Hace falta intervenir mediante un esfuerzo para introducir en la ciudad del hombre algo de esos valores absolutos que llamamos verdad, justicia, paz, fraternidad, amor» (MARROU H., *Teologia della storia*, Jaca B., Milano 1969, p. 131-132). Afirmaba Albert Schweitzer, poco antes de morir: «Hace falta arrastrar al mundo a una piedad elemental (piedad en sentido amplio). Se impone releer el juicio final (Mt 25). Es el último discurso de Jesús en el Templo y en él indica sobre qué nos van a juzgar. Se hará sobre cosas sencillísimas: hemos dado de comer y de beber a uno...» (*Il Vangelo della misericordia*, Ancora, Milano 1966, p. 17).

⁵⁴ SiM n.6.

la educación de los jóvenes, en la catequesis y en la evangelización, en las múltiples expresiones de las obras de misericordia corporal y espiritual. La misma Hermandad de la Esperanza de Sevilla es signo y gesto de esa misericordia materna de María en esta ciudad.

Inspiradas por María, estas obras de misericordia corporal y espiritual tienen características especiales de ternura, reciprocidad, concreción, comprensión, acogida, servicio, donación, alegría. Notas éstas de gran eficacia de solidaridad en la civilización contemporánea. María sugiere de ese modo una manera más útil e inmediata para hablar de la esperanza cristiana hoy: la *analogia misericordiae*. Sólo los gestos concretos de misericordia pueden llevar al hombre contemporáneo a elevar su mirada hacia Dios y a ver a Dios en la Iglesia y en los cristianos.

Éste fue y siempre será éste el papel de María, que hoy, como ayer en Caná, es la madre «misericordia permota» (LG n.58), la madre movida por la compasión hacia sus hijos que confían en ella. María no es sólo testigo, profetisa e icono de la misericordia de Dios. Está, sobre todo, presente y activa en la construcción de la civilización de la esperanza cristiana y del amor misericordioso. Su mirada de Madre amorosa y tierna sigue, aún hoy, acariciando a sus hijos, suscitando en ellos esperanza y nueva energía para construir el reino de Dios sobre la tierra: «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (*Prefacio* de la Fiesta de Cristo Rey).